

**EL ORNATO Y LA HIGIENE COMO
PALABRAS CLAVES DEL DEBATE
POLÍTICO
Y URBANO EN LA PRENSA DE BUGA
(COLOMBIA) 1900-1920**

THE ORNATE AND HYGIENIC AS KEYWORDS OF
THE POLITICAL AND URBAN DEBATE IN THE
PRESS OF BUGA (COLOMBIA) 1900-1920

.....o



EL ORNATO Y LA HIGIENE COMO
PALABRAS CLAVES DEL DEBATE POLÍTICO
Y URBANO EN LA PRENSA DE BUGA
(COLOMBIA) 1900-1920

○.....

Andrés Felipe Castañeda Morales

Universidad Santiago de Cali

<https://orcid.org/0000-0003-3692-8284>

Héctor Manuel Cuevas Arenas

Universidad Santiago de Cali

<https://orcid.org/0000-0002-6550-2760>

RESUMEN

El presente texto indaga, desde los parámetros de la historia conceptual, el uso de la palabra “higiene” en el lenguaje político, específicamente en la prensa de Buga entre 1900 y 1920, con el objetivo de rastrear sus significados y usos. El periodo está definido por el cambio del ornato al higienismo propiamente dicho, las cuales fueron utopías urbanas que explicitaron experiencias y expectativas entre los actores y que alimentaron el escenario político local a través de denuncias públicas y comentarios. Las menciones sobre la belleza, el buen gusto y la moralidad, se acompañan de la antinomia salud-enfermedad y de las reformas hechas en la ciudad. Esto da cuenta del proceso de apropiación de esta palabra clave del proyecto modernizador, lo cual ayuda a entender la articulación de éste a escenarios concretos y diacrónicos.

Palabras claves: política, lenguaje político, higienismo.

Abstract: The present text inquiries, from the conceptual history's parameters, the "hygiene" word's use in the political language, specifically in the Buga's press between 1900 and 1920, with the aim of track its meanings and uses. The period is defined by the ornament change to the hygienism itself, which were urban utopias that made explicit experiences and expectations among the actors and that fed the local political scene through public denunciations and comments. The mentions about beauty, the good taste and the morality, are accompanied by the health-sickness antinomie and the reforms made in the city. This knows the appropriation process of the modernizing project's keyword, which helps to understand its articulation to specifics scenarios and diachronics.

Keywords: politics, political language, hygienism.

INTRODUCCIÓN

Este texto trata de indagar por la apropiación y el uso del concepto de “Higiene” en el espacio ofrecido por la prensa, donde se explicitaron significados, experiencias y expectativas que se sometían para su discusión entre el público local. Ello implica explorar las conexiones del pasado, presente y futuro planteadas por los actores, con el objetivo de responder a sus demandas y contextos concretos. Historiográficamente este ejercicio permite rastrear los cambios, las rupturas y las continuidades sobre la concepción de higiene y su recepción. La cual fue una idea rectora de los proyectos de ordenamiento social y urbano en una ciudad que encajaría en la definición de Romero (2011), como una localidad provinciana y al margen de la vanguardia en la modernización urbana.

La historiografía regional generalmente aborda el tema desde sus aspectos materiales (Camacho, 2010), ambientales (Perafán, 2013), sociales (Castañeda, 2015) o simbólicos (Castañeda, Cuevas, et. al., 2016), que de una u otra manera tratan sobre lo político y las ideas que lo circundan. Además, se pretende ofrecer una interpretación que permita ampliar y entender la complejidad de la modernización en los discursos políticos a nivel local, así también su correspondencia con el cambio urbano, para entender los proyectos, límites y alcances desde sus enunciaciones. Esta es una entrada que permite entrever el resto de conceptos y la conformación de un entramado dinámico de usos y significados que alimentaron el debate periodístico, y dan un sentido diacrónico a este aspecto de la política en la ciudad.

Los horizontes temporales están dados por el cambio conceptual que significó el concepto de higienismo respecto al ornato público en la prensa consultada, el cual coincide con el proceso de renovación urbana, la transformación de las costumbres y el mejoramiento de la moral de los bugueños (Cuevas, 2016 a). Por otro lado, hay mayor variedad editorial en la prensa de esas dos primeras décadas, lo que permite una mayor capacidad de contraste respecto a posteriores épocas. Para las décadas de 1920 y 1930 sólo hubo acceso al periódico *Helios*, de corte liberal. Del mismo modo, se quiso analizar la irrupción e inserción de la higiene en el panorama local, junto a su constitución como proyecto, estos resultados se pueden registrar en las décadas de 1930 y 1940 con mayor claridad.

Lo espacial se definió por las alusiones de la zona urbana del municipio, por haber sido el lugar donde fueron más visibles las reformas y proyectos, al con-

centrar los esfuerzos de construcción de infraestructura en forma de acueducto, alcantarillado y electricidad, que acompañaron a la modificación de las prácticas de aseo, abasto, educación y control de las enfermedades. El acercamiento a las fuentes se hace desde los postulados básicos de la Historia de los conceptos políticos, la cual va a ser detallada a continuación.

REFERENTES CONCEPTUALES Y METODOLÓGICOS

Los discursos y prácticas higienistas se ubicaron en el panorama colombiano entre las décadas de 1880 y 1950, como una especialización de los saberes médicos y preocupaciones políticas. Ambos aspectos junto a la ciencia positivista, tenían el objetivo principal de controlar todo lo que pudiera generar enfermedad y peligros a la salud de las ciudades y campos. Del mismo modo, deriva de lo que se conocía como higiene privada (Quevedo, 2004). El higienismo fue un conjunto de dispositivos de poder, especialmente hacia los sectores pobres, que buscaba un cambio en las costumbres sobre la alimentación, el abasto, el aseo, la disposición de las aguas y de los espacios (Noguera, 1998), a través de postulados medicalizantes surgidos de la bacteriología y la epidemiología (Márquez, 2004). La medicalización postulaba el mejoramiento moral y productivo al plantear nuevas formas de convivencia, pedagogía y profilaxis (Calvo y Saade, 2002). Estos mecanismos hacían parte de la construcción de un nuevo orden social sustentado en la modernidad, el cual sancionaba valores culturales a través de la patologización de hábitos y de la inserción de los médicos y la Medicina dentro del Estado (Martínez y Otálora, 2007).

El positivismo científico de los postulados higienistas se planteó como la solución de la cuestión social, al considerar la sociedad desde una analogía con los organismos, que podían ser susceptibles a crisis generadas por la enfermedad (Armus, 2005). Las nociones de orden y progreso de dicha tendencia científica, dieron una dimensión ideológica y cultural materializada en la búsqueda de leyes sociales y de racionalización de prácticas, de inclusión y educación. El ejercicio de estas dinámicas operaba bajo criterios deterministas y evolutivos sobre lo físico y lo moral (UNER, 2011).

Si bien la higiene fue una supraideología compartida por las élites y por amplios sectores sociales (Armus, 2002), no estuvo exenta de debates. Principalmente entre los detentores del poder político local en una incipiente opinión

pública, que en este caso, fueron los miembros prestantes de los partidos Liberal y Conservador por medio de sus periódicos. En Buga se fundaron unos 30 periódicos con distintos niveles de circulación y continuidad entre 1900 y 1920, lo que muestra un auge de los medios impresos locales desde distintas formas de sociabilidad: principalmente partidos, colegios, grupos literarios o religiosos (González, 2016). La higiene fue una preocupación constante a lo largo de ese periodo, lo que puede ser entendido por Koselleck (2004) como una continua evocación y desafío por las cambiantes experiencias y expectativas históricas. Esto ayuda a legitimar la pretensión del artículo de entender dicha palabra desde la óptica de la Historia de los conceptos políticos.

El debate político alrededor de la higiene, da cuenta de los desplazamientos y permanencias en los significados, en el marco de la estructuración de la Modernidad. Especialmente, desde la ideologización de expresiones, su abstracción y su desnaturalización. Los conceptos son indicadores de los estados de las cosas, al modificarlas, diagnosticarlas e insertarlas en estructuras lingüísticas previas, junto a su capacidad de anticipar futuro (Koselleck, 2009). La Higiene pública se ubica dentro del gran cúmulo de conceptos, prácticas y representaciones que produjo la modernización urbana en la localidad, la cual fue realizada especialmente entre las décadas de 1910 hasta la de 1920 (Cuevas, 2016a). Esto estimuló la reconstrucción de las experiencias y motivaciones de los actores en un periodo de rápido cambio, a través del uso del lenguaje, de experiencias e incidencias en la acción social, así como la descripción de pactos sociales y su cristalización en el concepto (Ortega, 2012).

Del mismo modo, la disputa y el uso de los significados sobre la Higiene da cuenta de las contradicciones, límites y posibilidades del proyecto modernizador, además de ser uno de los marcos que explicitan la cultura política de los agentes involucrados. Jaume (2004) llama la atención al respecto, específicamente sobre el carácter restaurativo de las comunidades que tienen muchos textos, lo que sirve para la reconstrucción de la cultura política de ellas. Un enfoque parecido adopta Rosanvallon (2003) desde las antinomias, equilibrios, decepciones y desarraigos, que forman fronteras, tensiones y proyectos que explicitan valores, representaciones y esquemas de inteligibilidad de las demandas e intereses en pugna. También constituyen argumentos sobre la legitimidad y la autoridad de los gobernantes y funcionarios, los cuales junto con los ciudadanos, tuvieron el espacio para dar sus comentarios en la prensa.

LA HIGIENE PÚBLICA COMO CAMPO DE EXPERIENCIAS

Según Granados (1995), en el Valle del Cauca y especialmente en Buga, la cultura política hacía gala del localismo, de un sentido aristocrático y del honor. Este panorama fue complementado por valores como la modestia, el hispanismo (Cuevas, 2016b), el patriarcalismo y una apelación continua a la Historia. Para estos actores, las menciones de sus experiencias pasaban por una revisión de sus narrativas, desde una óptica moral y jerarquizada socialmente, con lo cual explicitaban capitales simbólicos (Bourdieu, 2000) que filtraban sus experiencias y dejaban entrever sus expectativas de mantenimiento del orden social. Esto fue más explícito en la primera etapa del salubrisimo, en términos de Kingman (2008): la del ornato público, donde predominó lo moral y religioso sobre las transformaciones espaciales e higiénicas, en términos del buen gusto y de la modernización urbana. Inspirados en referentes europeos y norteamericanos, que fueron apropiados y resignificados como parte de la distinción social.

En esa línea del ornato, el editor del periódico *Boletín comercial* en 1903, Luis Monedero, explicaba que la obra del acueducto era una promesa que serviría al desarrollo y lustre de la ciudad. Desde su instalación en “los establecimientos públicos y a los barrios principales”, que gozarían “al fin en Buga, Dios mediante, del inmenso beneficio del agua pura y de buenas condiciones higiénicas” (junio 13, 1903, p.1). En dicha consideración se hacía referencia a que el avance de la localidad era la de sus barrios prestantes. En el mismo periódico se menciona que las principales obras de la ciudad habían sido la construcción del templo del Milagroso y el Hospital de San José, que eran relativas al orden religioso y caritativo, sin embargo, el cambio material no correspondía a las virtudes civiles de la élite:

Pero si en lo material hemos adelantado bastante, en cambio hemos retrocedido muchísimo en lo que se relaciona a la parte intelectual y social: en Buga no se lee ni se estudia, no se escribe, no se visita y ha perdido casi toda noción de civilidad (junio 13, 1903, p.2).

En esta consideración de la civilización, el buen gusto y la moral de esta primera fase del higienismo, el patriarcalismo se entreveraba con las necesidades de un acueducto que ahorrara las molestias de las damas que iban a bañarse en el río: “a las expensas de la mirada de todo el mundo, y los hombres que hacen gala de inciviles que se acercan a las señoras y que van detrás” (Zigzag, abril 10, 1904, p.10). El público principal que discutía las necesidades higiénicas eran las élites: las referencias a los sectores populares fueron casi siempre margi-

nales, ya que no fueron los protagonistas del cambio urbano ni todavía eran sujetos a controlar. Posiblemente esto fue debido a la operatividad de los viejos mecanismos clientelares de jerarquización social y que el crecimiento urbano en la primera década del siglo XX, no había desbordado a dichas prácticas y referentes de relacionamiento. No obstante, había una noción epidemiológica en la disposición de los espacios, que da cuenta de la presencia de lavanderas en los ríos. Por ejemplo, en la elección del lugar donde se construyó el Hospital en 1904: “está algo alejado de la ciudad y que ni los aires infectados, ni las aguas sucias de lavaderos y los excusados están cerca” (Zigzag, junio 5, 1904, p. 42).

Otra mención de los mecanismos tradicionales de control social están definidos igualmente en el patriarcalismo y la autoridad, por ello, en el Zigzag se llamó la atención sobre la mala práctica de la escritura en las paredes: “Damos traslado a los padres de familia, los maestros de escuela y a la policía para que corrijan semejante abuso, que solo prueba mucha ignorancia, mucha falta de educación y mucho desaseo” (marzo 27, 1904, p.5). Las buenas costumbres dentro del ornato se transmitían desde la familia y los demás agentes acompañaban el proceso, en una visión de sociedad tradicional, constituida como una corporación sustentada en la autoridad y la obediencia en aspectos cotidianos.

Antes de la concreción de las obras del acueducto y la planta de energía eléctrica, es decir, cuando el cambio urbano y las modificaciones de las costumbres eran sólo unas promesas, en el periodo anterior a 1912-1915, el ornato empezó a alternar con el higienismo, marcos de entendimiento para los problemas urbanos. Esto no significó una relación de oposición, sino de apropiación y complementariedad entre lo moral, lo físico y médico. Algunos polígrafos, como Pío Canuto, relataban cómo la caballerosidad y la hidalguía de la dirigencia local habían hecho realidad obras como el hospital, el arreglo de calles y la construcción de los parques con criterios de limpieza, belleza y buen gusto, “porque el carácter bugueño hace que cada individuo mire como cosa exclusivamente propia todo lo que se ordena al bien común” (El Eco, marzo 21 de 1909, p.34). Ese espíritu señorial e iusnaturalista se entreveraba con la concepción higienista de que lo colectivo primaba sobre lo particular en cuestiones de la salud, descrita por Armus (2002). Del mismo modo, pedían con “urgencia y preocupación” la obra del acueducto, citando criterios morales, económicos e higiénicos, envueltos de patriarcalismo y naturalización de la jerarquización social:

Nadie puede ignorar a la urgente necesidad que tienen las familias bugueñas del agua potable suficiente para el uso de nuestros hogares, y mucho más hoy que se ha hecho tan difícil la conducción de ella en vasijas, a causa de la escasez de sirvientes que nos la traigan. A nadie se le oculta tampoco la facilidad que hay para remediar esta grande necesidad, que implica para las familias comodidad, salud física, orden doméstico, y más que todo eso, moralidad pública. [...] que al grito lo reclaman la higiene, la economía doméstica y el pudor de nuestras hijas: ¿por qué no hacerlo? [...] ¿Cuánto vale para una señora honesta y para una niña pudorosa el sacrificio de bañarse en público, atrayendo sobre sí en las miradas pecaminosas de los que no respetan la dignidad de una señora o la inocencia de una niña? (El Observador, enero 15 de 1911, p.1).

Cuando se inauguró el acueducto en 1912, a la par que se hablaba de higiene, fue una ocasión para explicitar el aristocratismo local, el progreso, el patriotismo y se hacía un llamado al perdón entre los partidos, junto a un homenaje a los caídos en las distintas guerras civiles: ese fue el llamado que hacían los editores del *Azul* (agosto 23 de 1912, p.3). Mientras que en el liberal *Helios*, era un hito de buen gusto y de transformación de los viejos esquemas como la pobreza económica y la lavandería en los ríos (agosto 28 de 1912, p.3).

Para la década de 1910 empiezan a circular los discursos higienistas con todo su bagaje conceptual y se incorporaron a las experiencias de quienes escribían en los periódicos. Creaba una preocupación sobre el control social, ya que se explicita la labor de las élites para ordenar a la sociedad: “se debe tener cuidado en la ocupación de las clases pobres, en cuidar las obras de higiene, salubridad y de educación y, sobre todo, el comercio que las vías de comunicación estimulan el amor al trabajo” (*Azul*, abril de 1914, p.2). De la misma manera, se opinaba que la integración por medio del ferrocarril al puerto de Buenaventura produciría mayores riquezas, las cuales se aprovecharían mejor con el cultivo de buenas costumbres e higiene, dando como efecto colateral la eliminación de enfermedades sociales (*Helios*, agosto 19 de 1915, p.12).

En dicha década hubo un mayor sentido de crítica hacia el entorno, lo que daba ocasión a un mayor nivel de debate entre los principales periódicos mencionados anteriormente. Para el *Azul* significaba una ocasión de resaltar la caridad cristiana, el mejoramiento de las costumbres y de la calidad de los habitantes de la ciudad, al lado del progreso urbano con criterios científicos. En este periódico se explica que la higiene se podía incorporar a los valores cristianos para reforzarlos, ya que podían dar lugar a analogías como la siguiente, respecto al colegio de jesuitas: “El colegio como fuente de luz para el espíritu, la planta productora de luz y de fuerza material que llega o cumple una obra

de misericordia y una medida de higiene, son adelantos que habla muy alto de los picos de esa ciudad (Azul, junio 10 de 1915, p.2).

En el *Helios* se enfatizaba la experiencia histórica que significaba la lucha por la separación entre religión y política, sin dejar de lado la civilización y la caridad. Lo que daba ocasión a “eliminar los detritos y las emanaciones de las sepulturas mal hechas. Pedimos, en nombre de la caridad, la civilización, la higiene y la buena administración de justicia, que se haga un cementerio civil” (noviembre 21 de 1913, p.3). La higiene, para los polígrafos de dicho periódico, era una ocasión de progreso y de cambio, de ruptura con el pasado y celebración de lo moderno. Por ello, significó una buena excusa para vigilar y criticar la gestión de varios empleados municipales que no actuaban según los dictámenes médicos y del aseo, además, que pertenecían al partido contrario. Del mismo modo, denunciaban en un espacio público las malas prácticas de algunos habitantes de la parte oriental de la ciudad, que “tienen la salvajez de echar basura a la acequias. Que se castigue esta contravención a los acuerdos de policía urbana”. En ese sentido, la higiene más que definida, fue usada por los actores estudiados como una herramienta política que hacía legítimos los reclamos y las clasificaciones.

La higiene, para 1920, se insertó en la cotidianidad de algunos habitantes, especialmente los ricos y modificó la percepción de lo que significaba “vivir bien”. Un indicador de ello puede ser un aviso clasificado que ofrecía arrendar “para una familia, una casa grande, moderna, higiénica, con manga, luz y agua, situada en la esquina sureste de la Iglesia de la Merced. En la misma casa se da razón” (*Helios*, febrero 14 de 1920, p.3). Se infiere, por la ubicación, que era una residencia de élite, opuesta a las pestilentes covachas descritas en algunos artículos del *Azul* (agosto 18 de 1913, p.3) y de los cuchitriles pobres, pero ocupados por gente honrada mencionada en el *Helios* (enero 18 de 1913, p.3). La clasificación y nominación de los pobres se ubicaba en las dicotomías higiene-suciedad y salud-enfermedad, como una extensión de la hegemonía social de sus enunciadores. La clasificación, fuera un ejercicio de denuncia o de caridad, seguía operando bajo los postulados básicos del higienismo, donde la cuestión social era supeditada a transformaciones de las costumbres y de los espacios. Ello estimulaba el uso de estadísticas, donde se visibilizaban la necesidad y la efectividad del control de poblaciones (Kingman, 2008, p. 310), que en el caso de Buga se empezaron a implementar con efectividad en las décadas del 1920 y de 1930, cuando se crearon las instituciones destinadas para tal fin (Castañeda, Cuevas, et.al. 2016).

LA HIGIENE COMO HORIZONTE DE EXPECTATIVAS

Los conceptos, cuando se abordan por las expectativas que generan, dan cuenta de la capacidad que tienen para generar un futuro y la disposición psíquica de sus usuarios hacia ellas (Koselleck, 2009). Articulando esto con lo analizado en el presente texto, la higiene dio unos parámetros para el progreso, el orden y el bienestar, desde la adaptación y diálogo con lo europeo, constituyéndose en uno de los pilares de la utopía de la Modernidad (Armus, 2002). En la búsqueda de la concreción del proyecto higienista, las autoridades hicieron gala de un determinismo geográfico. Se creó un nuevo tipo de habitante correspondiente a una nueva ciudad (Noguera, 1998), un habitante que fuera más sano y productivo, fruto de un disciplinamiento social si era pobre, o si gozaba de recursos, resultado de un proceso educativo y de buenas costumbres. Más allá de enfoques biopolíticos sobre el control de poblaciones, lo que se quiere indagar es la incorporación de este proyecto a las necesidades y expectativas de los agentes que tenían el espacio para publicar sus opiniones, y por tanto, permiten reconstruir la polivocalidad de los conceptos como herramientas políticas y de ordenamiento social.

En la primera década del siglo XX en Buga, cuando el ornato dictaminaba la disposición de las gentes y los espacios, una expectativa era acoger el buen gusto dictaminado por la arquitectura europea del momento. Un ejemplo fue la construcción del hospital San José, donde dos arquitectos locales acogieron las recomendaciones de tres médicos para copiar apartes de los planos del hospital Lariboisiere de París y el de San Luis de Turín, lo cual fue alabado por un escritor del *Zigzag* (junio 5 de 1904, p.42). Unos salones amplios, limpios y aireados eran sinónimos de arte, buen gusto europeo, moralidad, localismo y nutrición moral, para el editor de *La Voz Escolar* (diciembre 22 de 1909, p.42). La teleología del progreso marcaba sus horizontes en el viejo continente y, como afirma Romero (2011), los habitantes cultos querían que sus localidades fueran agradables al visitante, por la adopción de los esquemas de la civilización, y así parecer cosmopolitas. La expectativa del progreso dada por la higiene se incorporaba al sentido de orgullo local y distinción, estimulados por la ciencia y la civilización (González, 2007).

La belleza de la localidad también debía fomentarse con medidas más prácticas, como la eliminación de los caños y escorrentías de cada calle, por tuberías y ladrillos, en beneficio de la salubridad y el ornato (El Esfuerzo, mayo 12, 1907, p.3). De la misma forma, la moral correspondía con la limpieza, y en una dinámica elitista frente a lo foráneo y lo desbordado respecto de las prácticas cien-

telistas de control social, denunciaban en el *Azul* que al lado de la cárcel se había establecido una “covacha inmundada de caracteres burdelescos” con “la inmigración de escorias femeninas comienza a producir desastrosos efectos. La ola de la inmoralidad sube y crece formidable, en proporciones alarmantes (agosto, 18, 1911, p. 7)”. La presencia de mujeres migrantes por fuera de los roles marianos fue una tergiversación de la experiencia patriarcal y señorial de la ciudad: rompía la expectativa tradicional sobre los papeles femeninos, al anunciar nuevos procesos sociales que necesitaban de otras maneras de abordaje y, en eso, el discurso higienista orientaba al respecto (Castañeda, 2016, p. 113).

La prostitución creaba un debate sobre su manejo, ya que algunos, como en el *Helios* (diciembre 18, 1915, p.3), propugnaba por un manejo científico para evitar la propagación de enfermedades, de trabajo y educación para cuidar de la “higiene social”. En *La Vida* (junio 27, 1910, p.2), un periódico de los padres redentoristas, se daban otras soluciones como la penitencia y la caridad hacia las prostitutas arrepentidas, mientras que proponía la penalización con cárcel y destierro a las reincidentes. La salud, como antítesis de la enfermedad, era una preocupación pública, y más cuando estaba atravesada por consideraciones de jerarquizaciones patriarcales y sociales. Lo moral y, posteriormente, lo venéreo, eran obstáculos para el progreso.

La higiene estimulaba las reformas urbanas, anticipando la enfermedad para eliminarla, y en ello se debía configurar un aparato institucional que reforzaba el papel del Estado en la cotidianidad de las gentes. La petición de medidas salubristas acrecentaba la hegemonía de los poderes municipales o nacionales y estimulaba la contienda política en la naciente opinión pública local. La protección a la salud, de la productividad y la reforma de costumbres eran expectativas de una modernidad y legitimidad para los actores políticos. Ya con el higienismo, la reforma no necesariamente tenía que surgir de las iniciativas de caballeros y damas prestantes, como en el ornato, sino de la conjunción de esfuerzos públicos y privados direccionados con presupuestos del municipio. El lenguaje sobre la higiene fue uno de los ingredientes de la contienda política y de la ampliación del Estado a nivel local. El editor de *Notas Republicanas*, en una opinión que actúa como una bisagra entre el ornato y el higienismo, explicitó en 1909 dicha expectativa de responsabilidad de las autoridades locales con los tradicionales argumentos de caridad y localismo; del mismo modo surgen los pobres (con la palabra “proletarios” y su carga semántica de oposiciones de clase en medio de consideraciones religiosas y tradicionales), como tema de interés general:

A la muy importante ciudad de Buga le hacen falta las asociaciones de caridad y los servicios de higiene y medicina para poder socorrer oportunamente a nuestros semejantes desvalidos; y hoy, más que en otras épocas, esa falta es causa de mucho malestar entre la clase pobre, de la buena sociedad y la proletaria [...] Nuestra ciudad merece no sólo por ser capital, sino por la situación de pobreza que hoy atraviesa, de ser atendida con la creación de un médico oficial remunerado, a quién confiarle los servicios médicos e higiénicos, con el fin de favorecer especialmente las clases desvalidas de la población (noviembre 21 de 1909, p.2).

En el tratamiento de mendigos y vagos se notaba más la expectativa de la presencia del Estado en la solución de ese problema social. En el *Helios* (octubre 9, 1909, p.1) se propugnaba un abordaje desde lo institucional, con la creación de un asilo, donde se inculcara el amor al trabajo, ya que “hacía falta de brazos para el progreso y de trabajadores para las obras públicas”, además de la certificación con peritos sobre su incapacidad o no para laborar con un carnet. La clasificación de estos individuos era un ejercicio higienista y da cuenta de la incorporación de los médicos, al control social desde lo profiláctico (Armus, 2002, p.593). Del mismo modo, en el mismo texto se criticaba a la caridad pública como estímulo de la pereza, del desaseo y de la transmisión de enfermedades por parte de estos individuos. Una opinión parecida se escribió en *Azul* (agosto 19, 1915, p.2), en el cual no se veía lo caritativo como negativo, sino como un deber cristiano, donde no necesariamente tenía que estar supeditada su solución a la institucionalidad.

En *las Notas republicanas* se abogaba por la crítica de las costumbres con el discurso cientificista. Usando como motivo el abasto de aguas, se discutía la opinión popular de que las corrientes eran limpias, ya que la gente lavaba sus ropas y botaba sus desperdicios en las zonas altas:

todo se lo lleva la corriente”: error funesto de que, por desgracia, no nos damos mayor cuenta, pues el estudio bacteriológico de las aguas prueba de un modo que no deja lugar a duda, que por muchos días después de dejar de lavar, siguen las aguas infestadas de gérmenes de variada naturaleza (noviembre 14, 1909, p.3).

En el mismo artículo critica a los aljibes, por ser depósito de miasmas (un concepto usado en la medicina antes de que se descubrieran los microorganismos). Puso como ejemplo de lo anterior el estado del tanque en el acueducto, con lo que hizo de paso una crítica a la autoridad competente. En otro texto,

un autor lamentó que el entusiasmo por el hospital haya decaído, para convertirse en un edificio con cuatro enfermos mal atendidos y que no cuidara bien de la salud de la localidad. Del mismo modo, se quejó de los privilegios del contratista de las galerías respecto a las aguas y su dudoso manejo de los pesos y medidas. Todo esto lo hizo el autor para concluir “que lastimosamente los funcionarios públicos desbaratan lo que han hecho los anteriores, todo para cambiarlo a su gusto y al amaño de su padrino político” (El Eco, febrero 13, 1909, p.1).

Cuando empezó a funcionar el acueducto, los comentaristas en la prensa alababan que el suministro del agua fuera más higiénico y que se redujeran los casos de fiebres tifoideas y disentería, además que eso redundara en el bienestar y la moral local (Azul, julio 17, 1914, p.2). Pero esa perspectiva de la conservación de la salud física y espiritual alimentaba también las quejas sobre el servicio. En 1919, los editores de *Helios* (septiembre 20, 1919, p.3) consideraban que encarecer el cobro haría más costosa la vida de los pobres que vivían en el centro de la población, en contravía de lo humanitario y del mejoramiento de la ciudad. Acusaron al personero de no velar por los intereses de los humildes. Sin embargo, este argumento instrumentaliza las expectativas generadas por la caridad cristiana, ya que para los sectores realmente humildes que residían en las periferias, se celebraba la instalación de pilas de agua (Azul, marzo 18, 1915, p.3). El afán de distinción social hacía que el agua corriera en tubos para las élites y se cargara en ánforas para los humildes: la falta de recursos para ampliar el suministro daba prioridades que se cruzaban con la jerarquización social.

Sobre el alcantarillado, no hubo tantos halagos en comparación con el acueducto, a pesar de su papel trascendental en la conservación de la higiene. La denuncia pública sobre su mal funcionamiento y la falta de cuidado de los administradores fue otro de los ingredientes de la política local, apoyada en la legitimidad del progreso, de la belleza y la conservación de la salud bajo la óptica del higienismo. Policías ineptos, falta de recursos y de gestión, eran igual de graves que las sucias costumbres de arrojar basura a las alcantarillas (El Labriego, octubre 10, 1908, p. 59).

El proyecto higienista se proyectaba en los jóvenes, donde se depositaban buena parte de las expectativas de cambio en la ciudad. Como afirmaba un comentarista respecto a Buga en 1904: “Tienen ustedes una juventud laboriosa, juventud que no es viciosa y por consiguiente, es capaz de muchas cosas grandes” (Zigzag, noviembre 27, 1904). La obra del parque Guadalajara en 1908 se veía

como “positivo mejoramiento social y material que ya se revertirá todo en el desarrollo de la juventud” (El Labriego, octubre 2, 1908, p.55). Un comentarista de *Helios* (diciembre 17, 1915, p.3), afirmaba que todo lo que le escribía era simplemente por la higiene y por la salud de la juventud del momento, que era muy diferente “respecto a la anterior”.

En la educación reposaban varias expectativas sobre los cambios direccionados por las futuras generaciones: la utopía higiénica debía transformarlos en buenos y saludables ciudadanos formados por las virtudes morales y patrióticas, que se acompañaban con buenas costumbres. Ellos iban a dirigir el progreso local, y por eso debían habituarse a lo saludable, que pasaba por lo físico, la alimentación y el ejercicio, junto a lo moralmente higiénico y cristiano. La idea de caridad cristiana era cultivada por periódicos como el *Azul* (agosto 18, 1911. P.7) y *La Vida* (octubre 10, 1909, p.7), mientras que las de cambio, ruptura y laicidad la mantenía el *Helios*.

En la *Voz Escolar* (julio 27, 1910, p.1), un polígrafo de tendencia liberal anotaba los beneficios de la educación física y de los hábitos higiénicos para formar ciudadanos sanos y productivos, que tuvieran la virtud de la competitividad “tan necesaria en estos agitados tiempos, para insertar nuestro terruño en los cambios que vienen”. Para este autor, la ciencia daba una moral y una ética reflexiva de comportamiento, para saber tanto lo que era sano y conveniente, contrario a la pasividad estimulada por la obediencia y el fanatismo religioso que promulgaban otros periódicos.

En la educación bajo criterios higiénicos fue explícita la idea de formar ciudadanos, pero no se mencionaba el cambio social, debido a que en las dos primeras décadas del siglo XX, ese último aspecto no se discutía en la localidad. Las mayores quejas se concentraban en el mal estado de las aulas, la falta de útiles, y de criterios higiénicos, como el hecho de tener a los estudiantes sentados en el piso, junto al continuo debate entre lo laico y lo religioso (El Observador, septiembre 11, 1910, p.1).

Queda un último aspecto, el del aseo de las calles y la recolección de las basuras, la cual correspondió con el contexto de falta de recursos y de atención prioritaria a la zona central y comercial de la ciudad. El servicio de aseo se instaló en 1912, pero se limitó a donde residían los sectores privilegiados, y sólo hasta 1934 se estableció para toda la localidad (Cuevas, 2016, p.74). Desde 1914 se encontró en los periódicos denuncias sobre la falta de barrido en las calles y de mal uso del carro de aseo en la ciudad. En momentos “en que se hace más

necesaria la higienización de la ciudad [...] tanto hemos cuánto que el costo de un carro es erogación insignificante y que puede hacerse a expensas de los contribuyentes que se sirven del carro” (Helios, febrero 11, 1916, p.2). En esta opinión hay una consideración sobre el ejercicio de la ciudadanía, en donde la vigilancia de lo público exige un correcto uso de los dineros públicos, pero como se ha explicado, las denuncias entraban en el juego político de deslegitimación en el ejercicio de la legitimidad que daba la higiene.

CONCLUSIONES

El ornato y la higiene se articularon a las experiencias sociales de las élites que opinaron en la prensa. Las nociones patriarcales, morales y de orden social, que se conjugaron con una experiencia estética y médica proyectada al resto del cuerpo social. En este uso y explicación de sus referentes de belleza y bienestar, en el ornato, y las de salud y productividad, con la higiene, desarrollaron su utopía urbana y explicitaron sus capitales simbólicos, entreverándolos con sus experiencias y expectativas de mantenimiento de su prestigio.

No hubo una oposición entre el ornato y el higienismo, pues ambos eran congruentes respecto al manejo de la ciudad. Fue más una relación de complementariedad, especialmente en el periodo de grandes cambios con el acueducto y la energía eléctrica, entre 1912 y 1915. Los repertorios en uno y otro momento no se excluían, aunque al pasar el tiempo, fue predominando el abordaje de los problemas urbanos ofrecido por el marco discursivo del higienismo, con su énfasis institucional, lo cual constituyó una importante expectativa en su implementación.

Las dinámicas sociales que sustentaron a uno u otro concepto en los debates sobre la ciudad, correspondieron a su uso. En un primer momento, en el ornato, el honor y la belleza daban cuenta de un patriarcalismo, donde el conflicto social no era un tema importante y la pobreza era naturalizada e incuestionable. En el periodo posterior, lo social ya aparece, pero sólo como una denuncia y no como cambio. Las líneas editoriales de los dos periódicos locales más importantes, el Azul y el Helios, asumieron la cuestión social y los cambios urbanos en conexión con su ideario político. Uno apelaba a las tradiciones, a la caridad y la moralidad, mientras que el otro lo hacía desde las rupturas y nuevos hábitos, junto a la laicidad. Sin embargo, no proponían reformas en el panorama colectivo, usando las definiciones que daban de la oposición salud-enfermedad como herramientas para buscar la legitimidad en sus críticas a los

funcionarios públicos. Dichos comentarios fueron un ingrediente de la pugna política, que explicitaron nociones y valores que se consideraban necesarios para el funcionamiento colectivo. Ello fue un vehículo de circulación discursiva, que debe ser rastreada en posteriores investigaciones, ya que se decantó por unas fuentes con sus límites y alcances expositivos. Se espera a futuro complementar los resultados con archivos municipales y judiciales, que dan otra imagen de los procesos históricos.

BIBLIOGRAFÍA

I. FUENTES PRIMARIAS

Biblioteca Nacional de Colombia

Periódicos:

Archivo Histórico “Leonardo Tascón” de Buga

Azul [Buga] (1911-1915).

Azul [Buga] (1912-1914).

Boletín Comercial [Buga] (1903).

El Cable [Buga] (1916).

El Esfuerzo [Buga] (1907).

El Labriego [Buga] (1908).

El Eco [Buga] (1909).

El Observador [Buga] (1910).

Guadalajara [Buga] (1910).

Helios [Buga] (1910-1920).

Helios [Buga] (1910-1920).

La Vida [Buga] (1910).

La Voz Escolar [Buga] (1909).

Notas Republicanas [Buga] (1909).

Zigzag [Buga] (1904).

II. FUENTES SECUNDARIAS

- Armus, D (2002). La enfermedad en la historiografía de América Latina moderna. *Asclepio* LIV (2), 41-60.
- Armus, D La ciudad higiénica entre Europa y Latinoamérica. *Mundialización de la Ciencia y la Cultura nacional*. V.V.A.A. Madrid: Doce Calles.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2000). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Calvo, O. y Saade, M. (2002). *La Ciudad en Cuarentena: Chicha, Patología Social y Profilaxis*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Camacho, M. (2010). Agua, energía y teléfono a comienzos del siglo XX en Cali, *Historia y Espacio*, 34, 1-21.
- Castañeda, A. F. (2016). La complejidad de lo simple. Espectáculos públicos y amenazas de la ciudad, Buga (1910-1935). *Guadalajara de Buga. Historia de medio siglo*. En Castañeda, A.F. et al. (81-126) Cali: Universidad del Valle.
- Castañeda, A.F. (2015). *Encantos y peligros de la ciudad nocturna. Cali 1910-1930*. Cali: Departamento de Historia-Universidad del Valle.
- Cuevas, H. (2016). Buga: Tradición y modernización. El cambio urbano visto desde las representaciones en la prensa y los libros del Concejo. *Guadalajara de Buga. Historia de medio siglo*. En Castañeda, A.F. et al. (27-80) Cali: Universidad del Valle.
- Cuevas, H. (2016). Visiones y representaciones sobre la transformación urbana de Buga (Colombia), 1900-1937, *Historelo* , (16), 194-227.
- González, J. (2016). La prensa en Guadalajara de Buga: exploraciones sobre el semanario Helios (1910-1930). En Castañeda, et al. *Guadalajara de Buga. Historia de medio siglo*, Cali: Universidad del Valle: (285-337).
- González, L. (2007). *Medellín, los orígenes y la transición a la modernidad: Crecimiento y modelos urbanos, 1775-1932*, Medellín: Universidad Nacional, sede Medellín.
- Granados, A. (1995). *Representaciones y quejas en la política local del Gran Cauca, 1880-1915*. Tesis de Maestría en Historia Andina. Cali: Universidad del Valle.

- Gutiérrez, M. (2010). Proceso de institucionalización de la higiene: Estado, salubridad e higienismo en Colombia en la primera mitad del siglo XX, *Revista Estudios Socio-Jurídicos*, 12, (1), 89- 90.
- Intervención social del higienismo y el positivismo* www.fts.uner.edu.ar/area_ts/historiografia.htm
www.fts.uner.edu.ar/catedras03/his_interv_social/fichas/ficha_nro5.pdf. Web. Ene. 20, 2011.
- Jaume, L. (2004-1). El pensamiento en acción: por otra historia de las ideas políticas. *Ayer*, 53, 109-130.
- Kingman, E. (2008). *La ciudad y los otros. Quito, 1860-1940. Higienismo, ornato y policía*. Quito: FLACSO-FONSAL.
- Koselleck, R. (1993). Espacio de experiencia y horizonte de expectativa, dos categorías históricas. En *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos* (333-360). Barcelona: Paidós.
- Koselleck, R. (2004). Historia de los conceptos y conceptos de la Historia, *Ayer*, 53, 28-45.
- Koselleck, R. (2009). Introducción al diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en Lengua alemana (trad. Luis Fernández Torres). *Anthropos, huellas del conocimiento*, 223, 1-25.
- Márquez, J. (2004). Políticas, tráfico y epidemias en Colombia a comienzos del siglo XX. *Higienizar, medicar, gobernar historia, medicina y sociedad en Colombia*. En: Márquez, et al. Medellín: Universidad Nacional. (183-202).
- Martínez, A. y Otálora, A. (2007). Institucionalización de la Medicina Legal en Colombia en las primeras décadas del siglo XX. *Salud Historia y Sanidad*, 2 (3), 4-17.
- Noguera, C. (1998). La higiene como política. Barrios obreros y dispositivo higiénico: Bogotá y Medellín, *Anuario Colombiano de Historia social y cultural*, 25, 188-215.
- Ortega, F. (2012). Introducción. *Conceptos fundamentales de la cultura política de la independencia*. En: Ortega, F. y Chicangana, Y. (eds.).(11-28). Bogotá: CES-Universidad Nacional-Universidad de Helsinki.
- Perafán, A. (2013). Las prácticas higienistas en el entorno urbano caleño, durante la primera mitad del siglo XX. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, Vol. 18, (1) 34-62.

- Quevedo, E. et al. (2004). *Café y gusanos, mosquitos y petróleo: el tránsito desde la higiene hacia la medicina tropical y la salud pública en Colombia, 1873-1953*. Bogotá: Instituto de Salud Pública, Departamento de Salud Pública y Tropical, Facultad de Medicina, Universidad Nacional de Colombia.
- Romero, J. (2011). *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Rosanvallon, P. (2003). *Por una Historia conceptual de lo político. Lección inaugural en el College de France*. Buenos Aires: FCE.